

Riquezas podridas

.....

“¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas y vuestras ropas, comidas de polilla”

(Santiago 5:1, 2).

Estas palabras de Santiago guardan una dramática similitud con la crisis económica global que estamos viviendo en este tiempo, una crisis como no se había conocido desde 1929: recesión de la economía en varios de los países más ricos del mundo, estados opulentos que necesitan un rescate de miles de millones de euros, aumento de la tasa de desempleo; pérdida del llamado estado de bienestar, quiebra de grandes bancos por la acumulación de activos tóxicos, entre otros.

Esta situación está produciendo un cambio drástico en las economías, tanto privadas como públicas, que están generando alteraciones sociales, huelgas, clamores y protestas en la calle, una crisis social de graves dimensiones. Esa crisis económica, como dice Santiago, se produce en la proximidad de la venida del Señor. En realidad, la situación actual, preludio de tiempos aún peores, es el fracaso de filosofías materialistas que fundaron su seguridad y confianza en la ciencia y la tecnología, en el poder, la fuerza y las riquezas. Como dijo Jeremías: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas” (Jer. 9:23). Porque el desarrollo tecnológico llevó a la humanidad a la bomba atómica en Hiroshima, el poder ha dado lugar a continuas guerras y masacres de inocentes, y la bonanza económica resultó una riqueza “podrida” que nos ha conducido a la crisis económica actual.

Lamentablemente, a veces los abusos también ocurren entre algunos que se dicen creyentes. “Qué revelación se hará el día de Dios, cuando los tesoros amontonados, y los sueldos retenidos fraudulentamente, clamen contra sus poseedores, quienes eran cristianos supuestamente buenos, y se halagaban a sí mismos con la idea de que estaban guardando la ley de Dios, cuando amaban más las ganancias que lo que se había comprado con la sangre de Cristo, las almas de los hombres” (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 129). El pueblo de Dios, aun teniendo la interpretación profética del tiempo, no está exonerado de las crisis y las sufre con paciencia al lado de sus conciudadanos. Pero no la enfrenta de la misma manera. Nuestra seguridad en la providencia divina nos permite afirmar con el apóstol Pablo: “Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Cor. 4:8, 9).

Porque hay un Dios en los cielos... enfrenta tu crisis confiando en el apoyo divino.

Yo lo esperaba antes de ir al servicio militar

.....

2

septiembre

*“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos,
sino solo mi Padre”*
(Mateo 24:35, 36).

Cuando yo era un muchacho acostumbraba a ir a casa de una familia adventista a jugar con el hijo menor. Un día, mientras jugábamos en el patio de la casa, le pregunté con la candidez y confianza que me inspiraba saber que él era un adventista de nacimiento:

–Dime, Daniel, ¿cuándo crees tú que vendrá el Señor?

Daniel, que había escuchado muchas veces a su madre y a su padre que el fin estaba muy cerca, me respondió con el aire grave de quien se sabe un experto en la materia:

–Antes de que tú y yo vayamos al servicio militar Cristo ya habrá venido.

La afirmación me pareció razonable y continuamos jugando. Para mí, la Segunda Venida llenaba el horizonte de mis expectativas de jovencito. Estaba seguro que sería testigo de ella antes de la edad madura.

Han pasado más de sesenta años desde entonces. Daniel y yo fuimos al servicio militar. Luego, terminamos nuestra preparación ministerial en el seminario adventista. Comenzamos a predicar el inminente regreso del Señor con la fuerza de la juventud. Nos jubilamos a los setenta años y el Señor aún no ha venido. ¿Decepción? ¿Dudas sobre la verosimilitud de la venida? ¡De ninguna manera! Acaso, una comprensión más correcta y profunda de la espera del advenimiento. Los discípulos, momentos antes de la ascensión de Jesús, le preguntaron: “¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” A lo que él respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad” (Hech. 1:6, 7).

El apóstol Pedro nos da una primera clave: el tiempo no tiene el mismo valor para nosotros que para Dios. El tiempo es la existencia humana subordinada a un principio y un fin, en contraposición con la permanente eternidad divina: “Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día” (2 Ped. 3:8). Habacuc interpeló al Señor y le preguntó: “¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves?” (Hab. 1:2). Y el Señor le dio la consigna definitiva para todos los que esperamos ansiosos la manifestación gloriosa de Jesús: “Aunque la visión tarda en cumplirse, se cumplirá a su tiempo, no fallará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no tardará” (2: 3).

Porque hay un Dios en los cielos... confía en esta bendita promesa.

Esperanza prolongada, corazón enfermo

“La esperanza que se demora es tormento del corazón”
(Proverbios 13:12).

El 22 de octubre de este año hará 171 años que los adventistas estamos predicando la inminencia del regreso del Señor. Somos un movimiento que inició su andadura religiosa con un mensaje preciso sobre el tiempo del fin: “La hora de su juicio ha llegado” (Apoc. 14:7), pero ese juicio todavía no ha concluido. Hoy volvemos a hablar de la demora porque nuestra iglesia no puede soslayar este problema, porque una correcta interpretación de la demora de la Segunda Venida no solamente explica y justifica la razón de ser de nuestra iglesia, sino que llega a ser una verdadera clave de la praxis interna y externa de sus miembros. ¿Nos hemos equivocado los adventistas del séptimo día al anunciar el regreso del Señor en el tiempo histórico? ¿O debiéramos remitir el advenimiento, como hacen muchos cristianos, a un final de los tiempos absoluto que no está conectado con la cronología? ¡No! Las profecías y el plan de la salvación se cumplen y resuelven en el marco de la historia de la humanidad.

¿Por qué el Señor no ha venido? El texto de Proverbios dice que “la esperanza que se demora tormento es del corazón” y, en efecto, los adventistas podemos estar sufriendo las consecuencias de la crisis de la demora. Jesús nos advirtió contra esto. En tres de las cuatro parábolas del sermón escatológico nos habla de esa tardanza. En la parábola de los dos siervos, el siervo negligente, cansado de esperar, pensó: “mi Señor tarda en venir” y se entregó a una vida inconsecuente. En la parábola de las diez vírgenes, Jesús nos puso sobre aviso de que “como el novio tardaba, cabecearon todas y se durmieron” (Mat. 25:5). En cuanto a la parábola de los talentos, Jesús señaló que “después de mucho tiempo regresó el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos” (25:19); los siervos tuvieron suficiente tiempo para hacer prosperar los bienes del señor antes de rendirle cuentas. ¡Cuidado! La crisis de la demora puede producir entre nosotros inseguridad en el mensaje, falta de unanimidad doctrinal y abandono de la proclamación; puede arraigarnos a este mundo con la pérdida del sentido de provisionalidad y puede tener consecuencias éticas y espirituales nefastas en nuestras vidas.

Elena de White dijo: “La demora es solamente aparente, pues en el tiempo señalado, nuestro Señor vendrá” (*Carta 38*, 1888). ¿Y cuándo vendrá? De la Segunda Venida nos separa no un tiempo, sino una misión: nuestra preparación espiritual y la del mundo para recibir al Señor.

Pide a Dios hoy que te ayude a cumplir la misión.

La pregunta de la reina de España

*“Y a la medianoche se oyó un clamor:
“¡Aquí viene el novio, salid a recibirlo!”
(Mateo 25:6).*

4
septiembre

Durante el ciclo académico 1975-1976, la Iglesia Adventista fue invitada a impartir un seminario doctrinal en un curso interfacultativo de la Universidad Autónoma de Madrid llamado “Humanidades Contemporáneas”. A este seminario, una vez por semana, durante varios meses asistió una alumna excepcional: la reina de España. Al terminar el curso en la universidad, la soberana expresó el deseo de visitar algunos templos de los grupos religiosos que habían intervenido. Primero fue a la sinagoga judía, luego vino a nuestra Iglesia Central de Madrid a un servicio de comunión el sábado 26 de junio de 1976. No visitó otros lugares de culto.

Pasados unos días, solicitamos de la Casa Real una audiencia con la reina para agradecerle su visita. La audiencia nos fue concedida, y allí estuvimos el pastor Rafael Hidalgo y yo. La reina nos recibió de pie en un gran salón. ¿Sabes cuál fue la pregunta que nos hizo al saludarnos? Nos miró fijamente y preguntó: “¿Cuándo viene? Sí, ¿cuándo viene el Señor?” De todos los grupos cristianos que habían participado en aquellos seminarios doctrinales, ella había descubierto que solo los adventistas teníamos una respuesta convincente a esa pregunta.

Sí, es verdad, todos los cristianos creemos en el advenimiento, pero no todos somos adventistas. ¿Por qué? Porque los adventistas vivimos esa creencia comprometidos con ella. Vivimos en un permanente estado de esperanza viva, gozosa y comunicativa, de espera vigilante, confiada y activa. Para nosotros, la espera no es un asentimiento intelectual de la promesa del Señor, “vendré otra vez”, sino una actitud existencial que implica la vida entera. Para los adventistas, el anuncio de la Segunda Venida es nuestra misión especial en el seno del cristianismo contemporáneo. Somos el clamor de media noche que despertó a las somnolientas vírgenes de la parábola; somos los atalayas apostados en las almenas de la ciudad de Dios: “Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardas que no callarán ni de día ni de noche. [...] Jehová lo hizo oír hasta lo último de la tierra: ‘Decid a la hija de Sión que ya viene su Salvador; he aquí su recompensa con él y delante de él su obra’” (Isa. 62:6, 11). Y la reina de España había descubierto esto.

Porque hay un Dios en los cielos... el regreso del Señor establecerá un nuevo reino en este mundo que nos permitirá vivir en paz y seguridad.

¡Prepárate! Tenemos una cita

*“Y porque te he de hacer esto, prepárate, Israel,
para venir al encuentro de tu Dios”*

(Amós 4:12).

Durante varios años, participé con mi esposa en la recepción que los reyes de España ofrecían el 23 de abril en el Palacio Real, en ocasión de la entrega del premio Cervantes de literatura. En la invitación al acto, la Secretaría de la Casa Real indicaba con todo detalle el protocolo a seguir: vestido corto para las señoras, traje oscuro para los caballeros, hora y lugar de llegada, salón del encuentro con los reyes, orden de prelación para el saludo, lugar del refectorio y hora de clausura.

También hay un protocolo de preparación para el glorioso encuentro que tendrá lugar cuando Jesús vuelva, como Rey de reyes y Señor de señores. La promesa del advenimiento del Señor está siempre asociada a la necesidad de una preparación responsable. ¿En qué consiste el protocolo de preparación para el encuentro con el Salvador? ¿Qué requiere el Señor de aquellos que esperamos la Segunda Venida? Tres elementos fundamentales que la divinidad ha exigido a su pueblo en tres encuentros pasados entre Dios y los hombres.

1. *Santificación.* En el encuentro de Dios con los israelitas en el Sinaí, Dios pidió a Moisés: “Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día, porque al tercer día Jehová descenderá a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí” (Éxo. 19:10, 11).
2. *Arrepentimiento.* En el encuentro de Jesús con los judíos en el Jordán, Juan el Bautista, su heraldo y precursor, preparó el camino diciendo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2).
3. *Unidad.* Finalmente, cuando se iba a producir el descenso del Espíritu Santo en el seno de la iglesia cristiana, en Pentecostés, dice el texto: “Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego” (Hech. 1:14).

No cabe duda que estos tres encuentros prefiguraban el gran encuentro final, el más grandioso y definitivo. Por eso nos sirven de pauta y modelo: el arrepentimiento sincero y cabal, un reavivamiento de la verdadera piedad es la más urgente de nuestras necesidades. La santificación designa una forma de vida en estrecha relación con Dios y una disposición mental: sinceridad, rectitud, integridad; el ideal a alcanzar es la piedad, la semejanza a Dios, un camino de progreso continuo. Finalmente, Dios quiere encontrarse con una iglesia en plena comunión con él y los unos con los otros, no con un pueblo dividido y enfrascado en disputas internas.

Hoy es tiempo de prepararnos para ese encuentro y ajustarnos al protocolo celestial para recibir al bendito Jesús.

¿Cuántos talentos has recibido?

“El reino de los cielos es como un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos”
(Mateo 25:14, 15).

6

septiembre

Tres fueron los objetivos del sermón profético de Jesús que determinaron, por otra parte, la estructura de la redacción de Mateo. En su primera parte (Mat. 24:4-36), Jesús previene a la iglesia contra el engaño de las falsas concepciones escatológicas de entonces y da las verdaderas señales del fin que nos llevarán a la Parusía manifiesta. En la segunda parte (Mat. 24:37-44), encontramos las admoniciones acerca de la vigilancia, porque desconocemos cuándo ha de venir el Señor. Jesús nos presenta la Parusía inesperada o súbita. La tercera parte (Mat. 24:45-25:46), compuesta por cuatro parábolas, está consagrada a explicar en qué consiste la vigilancia y cómo la iglesia debe vivir la espera del advenimiento.

Estas cuatro parábolas nos hablan de una espera activa ante una tarea asignada (Mar. 13:34). Existe una relación estrecha entre la actitud de la espera y la mayordomía cristiana: 1) la mayordomía de la bondad y el amor de Dios (parábola del juicio final); 2) la mayordomía de la casa de Dios (parábola de los dos siervos); 3) la mayordomía de los talentos dados a la iglesia (parábola de los talentos) y 4) la mayordomía del don de la fe (parábola de las diez vírgenes).

En la parábola de los talentos se desarrolla principalmente la infidelidad del siervo que recibió un solo talento y no negoció con él. Este servidor negligente no era un gran pecador. No había disipado ni malgastado los bienes de su señor. Su pecado consistió en no hacer nada con el talento que había recibido. También cometió el pecado de tener miedo, le faltó el valor de correr el riesgo de lo desconocido, le faltó el coraje de aceptar los retos que presentan los planes nuevos. Pecó al pretender justificarse. Atribuyó al propio señor y a las circunstancias la responsabilidad de su negligente administración. Finalmente, esta parábola nos enseña la ley bíblica de la proporción en el servicio a Dios. Proporción entre lo que damos y lo que hemos recibido; entre nuestra fidelidad en lo poco y lo mucho que el Señor nos va a confiar; entre tener y recibir más y no tener y perderlo todo. Todo esto se aplica a la espera activa, a la obra que nos falta por cumplir para que el Señor venga.

Porque hay un Dios en los cielos... procura en este día ser fiel aun en lo muy poco.

Sueño y cautela de las diez vírgenes

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas”
(Mat. 25:1-4).

La parábola de las diez vírgenes la pronunció Jesús casi al final del sermón profético, al anochecer, mientras se veían a lo lejos las luces de un cortejo nupcial como el que estaba narrando. Las diez doncellas, con sus lámparas de aceite encendidas, estaban esperando a la puerta de la casa de la novia la llegada del novio con la intención de acompañarla a casa de este, donde la comitiva celebraría los festejos nupciales. Pero el esposo tardó, las vírgenes se durmieron, y cuando despertaron con el clamor de media noche sus lámparas se estaban apagando. Cinco tenían reserva de aceite, las otras cinco no y, tristemente, se quedaron fuera del cortejo nupcial.

De las cuatro parábolas del sermón de Jesús, esta es la que presenta los resultados más dramáticos porque, aparentemente, las diez muchachas eran iguales, pero no tuvieron el mismo final. Todas tenían sus lámparas encendidas cuando llegaron, se cansaron de esperar y se durmieron. Cuando las lámparas empezaron a apagarse, se despertaron a tiempo de aderezarlas para salir al encuentro del esposo, pero solo cinco habían previsto las eventualidades de una espera prolongada.

El aceite representa al Espíritu Santo que nos provee del don de la fe para mantenernos vigilantes y activos en la espera del advenimiento. Pero algunos tienen expectativas equivocadas con relación a la inminencia: sitúan el advenimiento en un tiempo determinado, no hacen acopio de fe para los días malos, y como Jesús no ha venido tan pronto como ellos esperaban, se desaniman y pierden la fe. La esperanza que nos puede sostener en la demora es un valor espiritual intransferible. Si la poseemos, nos sentiremos seguros aunque la espera se prolongue.

Víctor Hugo describe en *Los miserables* a un pajarito posado en una débil ramita de un arbusto que se inclinaba hacia la corriente de un arroyo tumultuoso. Con su peso, el pajarito hacía que la rama se doblase de modo que parecía iba a romperse de un momento a otro; además, un fuerte viento azotaba al pajarillo dando la sensación que iba a ser arrastrado fuera de su precario apoyo y lanzado a la corriente. Pero, a pesar de todo esto, ¡el pajarillo trinaba! ¿Por qué? Porque sabía que tenía alas.

Pide hoy el Espíritu Santo, la gran provisión divina para estar listos para el regreso de Cristo.

Caminar hacia el amanecer

.....

8

septiembre

“La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”
(Tito 2:11-13).

José María Diez-Alegría, un teólogo católico progresista, afirma en su obra, *Yo creo en la esperanza*, que la religión de Jesús y los cristianos primitivos era un tipo de religión ético-profética en contraposición a la religión ontológico-culturalista de las grandes iglesias históricas, donde lo fundamental para redimir al creyente individual es el culto, sus formas litúrgicas y la práctica de los sacramentos. La religión ético-profética a la que este autor es proclive es la nuestra, la de los adventistas que vivimos esperando la venida del Señor. En ella, según Diez-Alegría, “se exige del hombre una realización de justicia y amor, un programa de preparación alentado por la palabra profética reveladora de verdades espirituales y morales. Es una religión mesiánica donde se anuncia y espera la venida de un libertador que intervendrá en nuestra historia cambiándola radicalmente”.

Vivir esperando es adoptar un determinado estilo de vida en el que la praxis y el pensamiento están orientados hacia delante y hacia arriba; como dice Pablo a Tito, es vivir sobria (con relación a nosotros mismos), justa (con relación a los demás) y piadosamente (con relación a Dios); es caminar hacia el amanecer de la futura mañana eterna. Esta actitud en la espera no es utópica, no es irracional o emocional, más bien, se funda en la promesa de la revelación. Jesucristo es la garantía de la esperanza.

La demora nunca será frustrante, ni generadora de crisis, si mantenemos el sentido de la inminencia, si conservamos la noción de la provisionalidad (1 Cor. 7:29-31) si somos movidos por el énfasis de la urgencia y proclamamos en alta voz el mensaje del advenimiento, estableciendo prioridades (Rom. 13:11), si seguimos aplicando los principios de una reforma moral y espiritual en nuestras vidas (Luc. 21:34), si poseemos espíritu de fortaleza y perseverancia (Mat. 24:13) y, finalmente, si mantenemos el espíritu de oración. Por eso dice la Biblia: “Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Luc. 21:36).

Dentro de la espera del regreso del Señor hay muchos espacios de felicidad que Dios nos da para mantener vivo el gozo de ser creyentes.

Disfruta este día del gozo que produce en el creyente la bendita esperanza.

La gran proclamación de la Santa Cena

“Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga”

(1 Corintios 11:26).

Uno de los momentos más memorables de los servicios de la iglesia es la celebración de la Santa Cena, donde los creyentes se reconcilian con Dios y reciben su perdón. Sin embargo, hay unas palabras que a menudo olvidamos en estos instantes tan solemnes: “Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Cor. 11:26). Sí, el Servicio de Comunión tiene un gran mensaje central: “El rito de la comunión señala la segunda venida de Cristo. Estaba destinado a mantener esta esperanza viva en la mente de los discípulos. En cualquier oportunidad en que se reuniesen para conmemorar su muerte, relataban como él “tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre”. [...] En su tribulación hallaban consuelo en la esperanza del regreso de su Señor. Les era indeciblemente precioso el pensamiento: ‘Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga’” (*Consejos para la iglesia*, p. 549).

Eso significa que, si la Santa Cena es un rito celebrado para proclamar el regreso de Jesús a este mundo, no debíamos dejar de participar de este evento. Además, nos recuerda que no estamos solos en este mundo de pecado, porque él viene pronto y su amor nos ayuda a mantenernos unidos para vencer cualquier obstáculo. “El amor de Jesús, con su poder constrictivo, ha de mantenerse fresco en nuestra memoria. Cristo instituyó este rito para que hablase a nuestros sentidos del amor de Dios expresado en nuestro favor. No puede haber unión en nuestras almas y Dios excepto por Cristo. La unión y el amor entre hermanos deben ser cimentados y hechos eternos por el amor de Jesús. Y nada menos que la muerte de Cristo podía hacer eficaz para nosotros este amor. Es únicamente por causa de su muerte por lo que nosotros podemos considerar con gozo su segunda venida. Su sacrificio es el centro de nuestra esperanza. En él debemos fijar nuestra fe” (*ibid.*).

Agradece a Dios la Santa Cena y no dejes de participar en ella la próxima vez.

La piedrecita blanca

.....

“Al vencedor le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe”

(Apocalipsis 2:17).

10
septiembre

El versículo escogido pertenece a las promesas dirigidas a los vencedores en los mensajes a las siete iglesias del Apocalipsis. En la estructura de estos mensajes se repiten estas promesas llenas de colorido, de simbolismo insinuante y, a la vez en muchas de ellas, de significado histórico, en el contexto cultural en el que fueron dadas.

En lo que concierne a la piedrecita blanca prometida a los vencedores de la iglesia de Pérgamo, el símbolo debía ser inteligible para los lectores de la carta, de otro modo difícilmente podrían comprender su significado espiritual. La palabra empleada es *psefos*, que significa “pequeña piedra alisada por el agua”, “canto rodado”. No se trata, por consiguiente, de una piedra preciosa ni de una gema. El texto añade el adjetivo *leuké*, “blanca”. Pues bien, estas piedrecitas estaban relacionadas con los tribunales de justicia, donde los jueces expresaban su veredicto por medio de una piedrecita, blanca si el acusado era absuelto, negra si era condenado. Aparte del Apocalipsis, en el Nuevo Testamento solo se emplea este término cuando Pablo cuenta al rey Agripa que él daba su veredicto acusatorio cuando se condenaba a muerte a los cristianos (Hech. 26:10).

También se empleaba una piedrecita blanca como billete o entrada a los festivales públicos organizados por el emperador o en las asambleas reales. En ciertas religiones tribales, al final de una ceremonia de iniciación, después del noviciado, el miembro de la tribu recibía un nombre nuevo y una piedrecita blanca o un cristal de cuarzo. Era el símbolo de una alianza sagrada y secreta.

En el Apocalipsis, el color blanco es siempre símbolo de las cosas celestiales; el nombre es expresión de la identidad, del carácter, y signo de pertenencia, adhesión y filiación; y el adjetivo “nuevo” hace siempre referencia a la renovación de todas las cosas, a la gloria futura reservada a los redimidos. Podemos, pues, asumir que la piedrecita blanca con un nombre nuevo es un mensaje de promesa para los vencedores que han sido absueltos por el tribunal divino que les da derecho a entrar en el festival celeste (las bodas del Cordero) y, además, es el signo secreto de nuestra iniciación en una alianza eterna con nuestro Dios. El nombre nuevo será la expresión de nuestra nueva identidad, de nuestro carácter para la eternidad, del cambio definitivo de nuestra naturaleza de pecado obrado por Cristo mismo cuando vuelva en las nubes de los cielos.

Yo quiero recibir mi piedrecita blanca allí, ¿y tú?

El caballo de Troya en la ciudad de Dios

*“No ruego que los quites del mundo,
sino que los guardes del mal”*

(Juan 17:15).

La historia del caballo de Troya cuenta cómo sucumbió aquella inexpugnable ciudad a los ataques de los griegos. Su significado sigue teniendo vigencia porque ilustra magistralmente los peligros que amenazan a todo aquel que introduce en su propia casa las armas del enemigo. Griegos y troyanos estaban en guerra. Mil naves griegas habían cercado la ciudad de Troya, pero sus murallas y la feroz defensa de los troyanos no les habían permitido penetrar. Un día, los sitiadores simulaban retirarse dejando junto a la muralla un enorme caballo de madera que se consideró como una ofrenda a los dioses para que protegieran su retirada. Sin embargo, en el vientre de aquel enorme equino estaban escondidos un número importante de guerreros griegos; el resto estaba oculto en las naves ubicadas en la próxima isla de Ténedos.

Libres del duro asedio, los troyanos salieron para contemplar aquel monumental caballo. Era una maravilla, así que discutieron qué debían hacer con él. Finalmente, ayudados por el testimonio de falsos desertores del ejército griego, decidieron introducirlo en la ciudad. Hubo que abrir una brecha en la muralla para que entrara aquella fatal máquina de guerra y la llevaron a lo alto de la acrópolis. Pero, a media noche, cuando todos dormían confiados, uno de los falsos desertores abrió las trampas del caballo y salió de su vientre un pequeño ejército que mató a los centinelas de las puertas, las abrió de par en par y dio aviso al resto del ejército que esperaba en las naves. Llegados los soldados entre las sombras, incendiaron la ciudad, hicieron arder sus palacios y sus templos; y sus defensores, desprevenidos, sorprendidos y engañados, sucumbieron. Así cayó Troya, la gloriosa ciudad.

Dietrich Von Hildebrand escribió hace unos años un libro titulado *El caballo de Troya en la ciudad de Dios*, donde advierte a la iglesia de los peligros que corre al contemplar con admiración, discutir con pasión, aceptar y, finalmente, introducir en nuestro medio, los principios filosóficos que rigen en este mundo. Sin duda que para incorporarlos a la iglesia tendremos que abrir brechas en esa muralla inexpugnable que hasta ahora la ha protegido. Elena de White nos dice: “Los pecados que dominan al mundo han penetrado en las iglesias, y en el corazón de aquellos que aseveran ser el pueblo peculiar de Dios” (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 431), por eso Jesús oró al Padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”.

Procura hoy no abrir las puertas de tu corazón al enemigo.

Como barro en las manos del alfarero

12
septiembre

“Pueblo de Israel, ¿acaso no puedo hacer con vosotros lo mismo que hace este alfarero con el barro? –afirma el Señor–. Vosotros, pueblo de Israel, sois en mis manos como el barro en las manos del alfarero”
(Jeremías 18:6, NVI).

De todas las parábolas con las que Jeremías acompañó sus mensajes, la del alfarero y el vaso es la que aporta más realismo. En un tiempo de apostasías, de cambios drásticos, de peligros para el pueblo de Dios, el profeta recibe la orden de ilustrar el mensaje del cielo dirigido a los judíos yendo a casa del alfarero. Allí vio cómo trabajaba el barro en el torno, haciendo un vaso que no le salió bien; el vaso se rompió en sus manos y tuvo que volver a empezar y hacer otro. ¿Qué lecciones recibimos de esta parábola del alfarero y el vaso?

1. Solo somos barro maleable, húmedo, blando, susceptible de recibir del Alfarero divino formas diversas.
2. Estamos dando vueltas en el torno de la vida, viviendo circunstancias, experiencias, unas veces buenas y otras malas, que nos forman o deforman.
3. Estamos en sus manos, sus dedos están trabajando en nosotros. Dios está usando esos giros de la vida para moldear nuestro carácter; nada en nuestra vida es fortuito, cada vuelta del barro se convierte en una providencia divina.
4. Dios tiene un plan para nosotros. El Alfarero divino no nos hace a todos iguales, no nos fabrica en serie. Las huellas de sus dedos en el carácter nos hacen irrepetibles, pero todos útiles.
5. El Alfarero divino no siempre tiene éxito con nosotros, porque no anula nuestra libertad, porque el barro humano no es una masa inerte, en realidad, todos participamos en ese proceso con nuestro sometimiento o con nuestra rebeldía y, a veces, nuestra vasija se le rompe en las manos.
6. Dios no arroja disgustado el barro. Junto al torno tiene agua, con la cual humedece de nuevo la masa y comienza una nueva vasija. Así actúa la paciencia divina con nosotros.

Nadie es perfecto ni ha llegado al ideal que Dios tiene para cada uno de sus hijos. Seguramente que nos hemos equivocado más de una vez. ¿Cuántas veces se ha roto nuestro vaso en las manos del Alfarero divino? ¿Cuántas veces ha comenzado de nuevo con nosotros? No agotemos la paciencia divina. Digámosle como Saulo de Tarso: “¿Qué haré, Señor?”

Porque hay un Dios en los cielos... él puede ayudarte a superar tus defectos de carácter y malas actitudes personales. Confía en él y déjalo actuar en ti.

Un cántaro hecho añicos

.....

“Entonces quebrarás la vasija ante los ojos de los hombres que van contigo, y les dirás: ‘Así ha dicho Jehová de los ejércitos: De esta forma quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra una vasija de barro, que no se puede restaurar más’ ”
(Jeremías 19:10, 11).

Una y otra vez los dedos del alfarero han intentado modelar un vaso perfecto. Pero siempre ha salido torcido. Llega un momento en que el barro se ha vuelto rígido, imposible de moldear, y solo puede producir vasijas defectuosas que no sirven para nada. El profeta debía ilustrar la dramática situación de Israel, así que compró una vasija torcida y dijo que era un vaso que ya no podía ser restaurado y, ante los ojos de los líderes del pueblo, lo lanzó contra el suelo. ¿Conoces la experiencia de alguien a quien le ocurrió algo parecido?

Tengo en mi poder una carta de un joven al que llamaré Leoncio, que escribió a Agustín, un amigo de la iglesia. Era natural del sureste de España, tenía treinta años y había sido adventista alguna vez. El Señor había trabajado con él de mil maneras, pero cada vez que había comenzado a modelar el barro de su vida se escapaba de sus manos. Después de haber conocido el evangelio, frecuentó diversas agrupaciones religiosas, se afilió a una comuna, conoció el placer y apuró su copa hasta la última gota. Pero su insatisfacción y soledad iban creciendo hasta llegar a la desesperación. En la carta escrita a Agustín, evoca lo que aprendió en nuestra iglesia, pero sin haber descubierto lo fundamental: el poder salvador de la gracia de Dios:

“Amigo Agustín, tengo esperanza de que el Señor acogerá mi espíritu en este día. Te ruego que escribas a mi madre con la idea de que no conozca la verdad [...]. Escríbele y anímalas, que no conozca que dejo este mundo [...]. Encárgate de mi equipaje. Medita y haz las cosas bien, sin levantar polvo que pueda perjudicar a nuestros hermanos. Ayuna, que te fortalecerá. También tengo la esperanza de que nos podamos ver en la tierra nueva”.

Al día siguiente, Leoncio se lanzó desde uno de los puentes del río que pasaba por la ciudad. Su cuerpo destrozado, como un cántaro roto, yacía en el lecho seco del río. Yo estaba casualmente en aquella población aquel día y, con el pastor de la iglesia, tuvimos que comunicar la noticia a su pobre madre.

Tú todavía estás entre los dedos del Alfarero divino. Que él modele tu vida, que haga de ti una vasija útil, un vaso de honra.

¿Teme Job a Dios de balde?

“¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene?

El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra”

(Job 1:9, 10).

14

septiembre

El tema central de todo el libro de Job es la fe. En la introducción de la historia, Satanás plantea a Dios la naturaleza de la fe de Job: ¿Teme Job a Dios de balde? ¿Cree y confía en ti por nada? El diablo está insinuando que la fe y el servicio de Job a Dios es simplemente el resultado del interés. Además, niega que pueda haber una fe que se viva honestamente y que sea buena en sí misma.

Según Satanás, la fe existe por lo que da, no por lo que es. Por eso propone a Dios que retire las bendiciones al patriarca y este revelará su verdadero carácter. Y así comenzó la prueba de fe de Job. Dios permitió a Satanás que llevara a Job al infortunio: primero, el diablo le despojó de sus posesiones, después de su casa y sus hijos y, finalmente, atacó su cuerpo con una pavorosa enfermedad. Pero el texto bíblico dice: “En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (Job 1:22). El relato concluye con la aparición en escena de la esposa del patriarca, como ejemplo de la fe interesada y egoísta de la acusación diabólica: “¿Aún te mantienes en tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!” (Job 2:9); la fe genuina de Job se manifiesta una vez más: “Como suele hablar cualquier mujer insensata, así has hablado. ¿Pues qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (vers. 10).

Algunos definen la fe interesada como fe “utilitaria”, es decir, la que antepone los beneficios y utilidad de la fe a cualquier otra de sus cualidades. La fe utilitaria es sutil pero, en realidad, confunde a Dios con sus bendiciones: si recibimos protección, cuidado, prosperidad, entonces, Dios es real. Pero si la desgracia, el sufrimiento o el infortunio nos ocurren, Dios nos ha fallado y dudamos de su existencia. En la galería de los héroes de la fe se dice que Moisés “se sostuvo como viendo al Invisible” (Heb. 11:27). Y en la ejemplar experiencia de Job, con su final feliz, el patriarca termina reconociendo: “De oídas te conocía, mas ahora mis ojos te ven” (Job 42:5).

Pide hoy al Señor que te ayude a seguir el ejemplo de Job, de modo que tu fe sea genuina y puedas experimentar que hay un Dios en los cielos.

15
septiembre

El aguijón en la carne

.....

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltara, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca”

(2 Corintios 12:7).

No se sabe bien a qué tipo de sufrimiento se está refiriendo el apóstol. En todo caso, bien podría ser una enfermedad crónica o una minusvalía física que los corintios ya conocían. Pablo vivía con una espina clavada en el cuerpo que el Señor no le había arrancado. ¿Sabes lo que significa? ¿Tienes algún dolor crónico o sufres de alguna minusvalía adquirida o congénita? Es verdad que a todo nos acostumbramos, pero el apóstol reconoce que aquello era algo que Satanás usaba para maltratarle. Y, sin embargo, qué vida tan llena de realizaciones, tan próspera, ferviente y pía la suya. El autor de trece epístolas del Nuevo Testamento, fundador de muchas iglesias, viajero incansable, héroe victorioso de muchas vicisitudes, ¡era un hombre con una deficiencia física!

Recuerdo que cuando era niño jugaba con Linda, la perrita de un vecino que tenía una vaquería. Ella era alegre, cariñosa y juguetona; corría a buscar la piedra que le lanzábamos, y si no lo hacíamos se paraba delante de nosotros y nos ladraba. Pero un día la atropelló un tranvía y perdió una de sus patitas delanteras. Entonces, ante los quejidos de dolor que emitía, vi con horror cómo su dueño la mató. Pero ¿por qué? ¿No has visto alguna vez caminar a un perrito con tres patas? No sé si sufren, si les duele o si preferirían morir; creo que no, pues incluso resultan graciosos cuando saltan y juegan, como si se lo tomaran en broma o hubieran tenido siempre solo tres patas.

Hay personas que, como Pablo, sin ser indiferentes a las espinas que llevan clavadas en el cuerpo, se sobreponen, y eso no les impide hacer muchas cosas. Pero hay otras que, cuando se les produce alguna herida, moral o física, se pasan la vida apoyándose en la zona lastimada como si no tuvieran otras para caminar. Hay quienes adquieren el mal hábito de anclarse en los golpes recibidos, “lamerse las heridas”, entregándose al diminuto placer de la autocompasión y vivir “a la pata coja”. ¡Lástima! Porque Pablo solo se quejó una vez de su situación, y no para causar pena, sino para enseñarnos cómo sobrellevar las debilidades: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Cor. 12:9).

Concéntrate hoy en Jesús y no en el aguijón en tu carne.

Nuestro Sumo Sacerdote

.....

“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y Sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús”
(Hebreos 3:1).

16
septiembre

Una de las formas más eficaces para entender el plan de salvación del cielo es a través de la doctrina del santuario. De ahí que Elena de White haga la siguiente declaración: “La correcta comprensión del ministerio del santuario celestial es el fundamento de nuestra fe” (*Consejos para la iglesia*, p. 632).

El santuario del desierto era un verdadero esquema pedagógico para entender verdades eternas de la Palabra de Dios. “El Santuario terrenal fue construido por Moisés conforme al modelo que se le mostró en el monte. “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios”. Los dos lugares santos eran “figuras de las cosas celestiales”. Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. [...] Cuando en visión se le mostró al apóstol Juan el templo de Dios que está en el cielo, vio allí que “delante del trono ardían siete lámparas de fuego” (*ibid.*).

De acuerdo con la doctrina del Santuario, los seres humanos tenemos un Sumo Sacerdote que intercede por nosotros ante el Padre celestial. No necesitamos ningún otro tipo de mediación. Sin embargo, los seres humanos han insistido en fabricar toda una diversidad de “intercesores” que supuestamente los reconcilian con Dios. Sin embargo, esto no es necesario. Mejor sería tratar de entender el ministerio intercesor de Jesús hacia su pueblo: “Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama. Cada cual tiene un alma que salvar o perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual debería encontrarse cara a cara con el gran Juez. ¡Cuán importante es, pues, que cada uno contemple a menudo de antemano la solemne escena del juicio en sesión, cuando serán abiertos los libros, cuando con Daniel, cada cual tendrá que estar en pie al fin de los días!” (*Eventos de los últimos días*, p. 165).

Este día, te invito a buscar a Jesús a solas. Confíesale a él tus pecados en vez de contárselos a un ser humano. Solo él te puede otorgar el perdón divino y concederte la paz que tanto necesita tu corazón. Así sabrás que hay un Dios en los cielos.

Yo sé a quién he creído

.....

*“Pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído
y estoy seguro de que es poderoso para guardar
mi depósito para aquel día”*
(2 Timoteo 1:12).

La transición política en España durante la segunda mitad de los años ‘70 tuvo nuevas y sorprendentes iniciativas. La llegada del periodista Joaquín Arozamena a Televisión Española en 1975 supuso un cambio importante en la manera de contar lo que estaba sucediendo. Se ha dicho que Arozamena fue un profesional de los medios que condujo con maestría a los españoles por aquel complicado período histórico.

En un programa vespertino, fue convocando a los representantes de las diferentes confesiones no católicas a las que, durante más de cuarenta años, se les había impedido informar de quiénes eran, qué creían y qué estaban haciendo. Una tarde, nos tocó el turno a los adventistas. Al principio todo fue cortés, cómodo, agradable; pero, en un determinado momento de la entrevista, nos lanzó la siguiente pregunta: “¿Creen los adventistas del séptimo día que solo ustedes tienen la verdad y que todas las demás confesiones están equivocadas?”

El dilema que nos planteaba la pregunta y nuestra eventual respuesta era el siguiente: si decíamos que sí, la Iglesia Adventista se identificaría con el concepto de exclusividad religiosa que caracteriza a las sectas; pero, si decíamos que no, mostraríamos a los televidentes una cierta inseguridad en nuestra doctrina y profesión religiosa. ¿Qué podíamos responder sin caer en uno u otro de estos errores?

Después de unos segundos, respondí: “Mire usted, yo soy, en primer lugar, un creyente y tengo muchas afinidades con todos aquellos que aceptan la existencia de un Dios transcendente que está por encima de todos nosotros; después, soy un cristiano y me siento identificado con todos los que hemos hecho de Cristo el objeto de nuestra fe, nuestro modelo y Salvador; y finalmente, soy adventista del séptimo día porque esta iglesia y sus creencias han sido la respuesta más convincente a mis exigencias de verdad”. El presentador del programa comprendió y pasó a otro tema.

El apóstol Pablo, en medio de la persecución, el sufrimiento, la cárcel, no se avergonzaba porque sabía bien en quién había puesto su fe. Más allá de la existencia de una verdad absoluta que aceptamos, más allá del credo, sistema religioso e instituciones que conforman nuestra iglesia, debemos tener una convicción personal profunda, una búsqueda permanente de la verdad que es en Jesús, así como una coherencia responsable y firme entre nuestra fe y nuestra vida.

No temas hoy evidenciar tu fe mediante tus actos.

El naufragio en la fe

18
septiembre

“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que, conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia. Por desecharla, algunos naufragaron en cuanto a la fe. Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar”
(1 Timoteo 1:18-20).

El Costa Concordia, un barco de 114.500 toneladas que llevaba a bordo 4.231 personas, naufragó el 13 de enero de 2012, curiosamente casi cien años después del naufragio del Titanic. Este lujoso barco encalló frente a la isla de Giglio, en el mar Tirreno, después de chocar con un arrecife. Los técnicos estimaron que se trataba del naufragio de mayor tonelaje de la historia de la navegación. Lamentablemente, más de treinta personas perdieron la vida, además, hubo muchos heridos. Todo pareció indicar que la impericia del capitán causó la tragedia.

¡Naufragio! El término significa pérdida o ruina de una nave, y es sinónimo de tragedia, desastre, hundimiento y muerte. ¿Y cuándo se puede hablar del “naufragio en la fe”? En realidad, es algo similar, pero aplicado a la experiencia espiritual. Como constatación de que el hecho no era infrecuente en ese tiempo, Pablo usa otras expresiones paralelas en estas epístolas finales de su ministerio para referirse a esa triste experiencia, como “hunden a los hombres en destrucción y perdición” (1 Tim. 6:9); “se apartan de la verdad” (Tito 1:14); “algunos apostatarán de la fe” (1 Tim. 4:1).

¡Qué doloroso es ver cuando un cristiano naufraga en la fe! A veces, hay tiempo para rescatarlo de una inminente tragedia en su vida espiritual, pero en otras ocasiones, es tarde para evitar el desastre. ¿Por qué tiene que ser así? El apóstol Pablo nos dice cuáles pueden ser las causas del naufragio en la fe: el amor al dinero (1 Tim. 6:10); la cauterización de la conciencia (1:19; 4:2); las explicaciones de la falsamente llamada ciencia (6:20, 21); el amor al mundo (2 Tim. 4:10); las diferencias personales y la oposición a la autoridad en la iglesia (4:14, 15).

Finalmente, Pablo nos amonesta a seguir cinco principios que son antídotos de las causas del naufragio: el contentamiento (1 Tim. 6:6); una buena conciencia y fe genuina (1:5, 19); retirarse de la impiedad y de los deseos mundanos (Tito 2:12); consolidar las sanas enseñanzas de la iglesia (2 Timoteo 1:13).

Te invito a confiar el mando de tu vida a Jesús, el mejor Capitán, quien nos llevará a un puerto seguro y evitará el naufragio de nuestra fe.

Ven y ve

.....

“Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: ‘Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los Profetas: a Jesús hijo de José, de Nazaret’. Natanael le dijo: ‘¿De Nazaret puede salir algo bueno?’ Respondió Felipe: ‘Ven y ve’”
(Juan 1:44-46).

Casilda era una mujer de porte sencillo pero afable, siempre sonriente, poco habladora pero de mirada entre escrutadora y bondadosa; tendría entonces unos sesenta años, y le acompañaban a las reuniones su hijo y su nuera. Casilda no sabía escribir y apenas podía leer, pero, en su humilde bolso, llevaba siempre una Biblia que había aprendido a manejar, algunos folletos y hojitas con la dirección de la iglesia. Era una ferviente y convencida adventista y una gran misionera. Además de sus hijos, varias personas invitadas por ella frecuentaban las conferencias bíblicas que todos los domingos daba el pastor Daniel Sanz. Pero ¿cómo lo hacía? ¡Oh! El Espíritu Santo le había otorgado varios dones, uno de ellos especial, particularmente diseñado para ella, don que ejercía con gran eficacia.

Casilda paseaba por los jardines y parques de la ciudad, por los lugares por donde transitaba más gente. Se sentaba en un banco, sacaba su Biblia y buscaba algún texto que tenía subrayado. Cuando alguien se sentaba a su lado, le pedía amablemente que le leyera el pasaje, excusándose por apenas saber leer. Es fácil imaginar que, en la mayoría de los casos, la petición daba lugar a preguntas de parte del lector y a testimonios de la hermana Casilda. Después, cuando la ocasión era propicia y, como hizo Felipe con Natanael, evitando siempre la discusión, Casilda Olivares invitaba a su lector y compañero de banco: “Ven y ve”. Un domingo por la tarde, la vi llegar al vestíbulo de la Iglesia central de Madrid (España) acompañada de un elegante señor, con cara de curiosidad, que era extranjero y que ¡solo hablaba inglés y entendía un poquito el español! Afortunadamente, nuestro pastor pudo comunicarse con él en su lengua y el caballero se quedó a escuchar la conferencia, sentado junto a Casilda.

¿Cuál era el don de esta hermana? ¿Cómo conseguía traer a la iglesia a viandantes, incluso extranjeros? No lo sé bien, pero, en todo caso, tenía consagración, amor por las almas, sabiduría de lo alto, humildad, bondad, persuasión, paciencia y el don particular de inspirar confianza. Aún hoy, “Ven y ve”, sigue siendo uno de los recursos del cielo para llevar las almas a Jesús.

Pide al Dios de los cielos que te ayude hoy a ejercitar tus dones porque, no lo dudes, los tienes.

Examinar con atención

.....

*“Examinadlo todo y retened lo bueno.
Absteneos de toda especie de mal”*
(1 Tesalonicenses 5:21, 22).

20
septiembre

Una vez que Jesús ascendió al cielo, la iglesia primitiva enfrentó todo tipo de desafíos para mantenerse firme en la esperanza del evangelio. Un aluvión de ideas vinculadas con las enseñanzas cristianas se empezó a escuchar en diversas congregaciones; sin embargo, algunas de ellas resultaban un tanto radicales. El problema es que algunas posturas extremas por parte de algunos creyentes inhibían a otras personas para acercarse a la iglesia. Algo similar sucede hoy. Algunas expresiones autoritarias de la fe por parte de algunos sectores de la iglesia estorban a un buen número de personas para entregar su vida al Señor: “A consecuencia del fanatismo y malicia resultantes de la obra de hombres que falsamente se decían enseñados por Dios, mucha gente buena y seria mira con grave recelo y no da crédito a quienes se apoyan en la revelación divina. Pero el que busca la verdad se ha de prevenir igualmente contra los engaños de falsos profetas e instructores y contra el fracaso en el reconocimiento de la verdad. Dice el apóstol: ‘No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno’” (*Testimonios selectos*, t. 1, p. 242). El apóstol Pablo nos recuerda que no hemos de aceptar todas las opciones que se nos ofrecen sin más, ni admitirlas indiscriminadamente. Más bien, nos invita a usar un buen criterio selectivo y tener un objetivo.

“En armonía con esta exhortación, los creyentes en Cristo han de considerar ingenuamente las pruebas de que el actual movimiento adventista está guiado por Dios, al paso que consideran la manifestación del don de profecía relacionado con este movimiento. Es peligroso menospreciar la obra del Espíritu Santo manifestada en dicho don de profecía. Sin embargo, se nos amonesta a guardarnos ‘de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces’. La prueba se nos da en que ‘por sus frutos los conoceréis’” (*ibid.*).

También hemos de abstenernos del mal. La elección entre las muchas y diversas opciones que encontramos en la vida siguiendo un criterio moral y espiritual es la mejor de las pedagogías; y tiene un objetivo: retener lo bueno, es decir, que su finalidad es conseguir lo bueno, buscar y alcanzar la verdad. El apóstol Pablo explica en otro pasaje lo que debemos examinar: “Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Fil. 4:8).

Este día pide a Dios que te aleje del mal.

El teatro romano de Sagunto

“¡Venid, aclamemos alegremente a Jehová!
¡Cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación!”
(Salmo 95:1).

En la confluencia de dos antiguas vías romanas, se encuentra la antigua ciudad de Sagunto, donde todavía existen las ruinas de una fortaleza árabe medieval y un teatro romano construido en el año 50 de nuestra era. Sagunto, cuando era un poblado ibero llamado Arse, se immortalizó en el 219 a.C. por su resistencia heroica al duro asedio de ocho meses infligido por las tropas del general cartaginés Aníbal, durante la segunda Guerra Púnica. Convertida cinco años después en la ciudad romana de *Saguntum*, tuvo una vida esplendorosa atestiguada por los muchos restos arqueológicos encontrados.

Su famoso teatro romano, un semicírculo de 90 metros de diámetro excavado en la ladera de la colina guarda muy bien conservada su conformación clásica. Tiene capacidad para ocho mil espectadores y se representaron en él durante casi tres siglos obras de autores latinos y griegos, en su mayoría de divertimento, donde no se eludía la sátira, la obscenidad o el descaro con personajes marginales. En el bajo imperio se simulaban diversiones acuáticas y combates de gladiadores que la censura cristiana nunca prohibió como indicio de la poca cristianización de Sagunto en la época.

En los alledaños del norte de la ciudad, se encuentra el Colegio Adventista de Sagunto desde 1974. Pues bien, en 1985, la Unión Adventista Española y el Colegio del que yo era director en ese tiempo quisimos celebrar un Festival Musical de la Juventud Adventista Española. En el salón de actos de la institución no había suficiente aforo, así que solicitamos a las autoridades regionales que nos cedieran el teatro romano de Sagunto, y ¡lo conseguimos! En aquel histórico recinto, un monumento sin restaurar que guardaba todo su encanto de hacía casi dos mil años, sentados en sus vetustas gradas de piedra, contemplando sus bóvedas y pórticos, sus piedras sillares, como en un sueño de recuerdos de la época romana de la ciudad, allí donde los saguntinos de entonces se divertían y reían, nos reunimos más de mil quinientas personas para cantar alegremente al Señor y engrandecer su nombre. Magnífico espectáculo en el que Dios estuvo presente convirtiendo aquel teatro romano en un venerable santuario.

Porque hay un Dios en los cielos... cuando Jesús regrese, todos los espacios de este mundo que alguna vez se usaron para el desenfreno y la degradación de la naturaleza humana, serán transformados para ser utilizados en la adoración del Padre celestial.

Citius, altius, fortius

.....

22

septiembre

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible”
(1 Corintios 9:24, 25).

El 12 de agosto de 2012, Abel Kirui, natural de Kenia, adventista del séptimo día, cruzó la línea de meta de la maratón de los Juegos Olímpicos de Londres. Entonces, cayó de rodillas, inclinó su cabeza y se puso a orar. ¡Había ganado la medalla de plata! El mundo entero fue testigo de su gesto de gratitud a Dios.

¿Cómo se alcanzan estos objetivos? Con mucho esfuerzo y trabajo. Abel dedica cuatro meses preparándose intensivamente para una carrera: corre veintiún kilómetros por la mañana y quince por la tarde; además, se acuesta temprano y se levanta antes de la salida del sol para encontrarse con Dios. A eso hay que agregar una alimentación sana. Los maratonistas solo corren dos o tres carreras grandes cada año. Su lema es: “Las casualidades son oportunidades que favorecen a los que están preparados para aprovecharlas”.

Los juegos olímpicos comenzaron en 776 a.C., en Olimpia (Grecia) y fueron suspendidos en el 394 d.C. por el emperador Teodosio. Eran practicados únicamente por hombres y los vencedores recibían como premio una corona de ramas de olivo. Quince siglos después, el barón Pierre de Coubertin consiguió restablecerlos el 16 de junio de 1896, iniciándose así los juegos olímpicos de la era moderna. En su discurso de inauguración pronunció el lema *Citius*, “más rápido”, la carrera; *Altius*, “más alto”, el salto; y *Fortius*, “más fuerte”, la lucha.

El apóstol Pablo usa repetidas veces en sus epístolas la imagen de los atletas compitiendo en el estadio para ilustrar los altos ideales éticos y ascéticos de la vida cristiana: la superación, la perseverancia, la resolución firme, el esfuerzo, el sacrificio, el respeto de las normas, la finalización de la prueba, la llegada a la meta, la recepción del premio. Los atletas se esfuerzan por obtener el triunfo, pero los cristianos tenemos algo mucho mayor que la victoria (Rom. 8:37). Nuestro galardón es estar al lado de nuestro amado Jesús: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (8:38, 39).

Prosigue hoy tu carrera cristiana hasta llegar a la meta. Pronto el buen Dios te dará la corona de vencedor.

Una herencia bendita

.....

“Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones”
(Jeremías 1:5).

Uno de los grandes privilegios de esta vida es ser padres. No obstante, también representa una enorme responsabilidad. Los padres transmitimos a los hijos algunas tendencias y afecciones hereditarias que, si no se atienden a tiempo, podrían complicarse en la vida futura. Al respecto, se nos recuerda que un día los padres seremos juzgados por Dios: “Cuando los padres y los niños se encuentren en el día final para rendir cuentas, ¡qué escena se verá! Miles de niños que han sido esclavos de los apetitos y de vicios degradantes, cuyas vidas han sido fracasos morales, estarán frente a frente con sus padres que los hicieron lo que son. ¿Quiénes, sino los padres, han de afrontar esta terrible responsabilidad? ¿Fue el Señor quien corrompió a estos jóvenes? ¡Oh, no! ¿Quién, entonces, ha hecho esta terrible obra? ¿No fueron transmitidos los pecados de los padres a los hijos por apetitos y pasiones pervertidos? ¿Y no se completó la obra por los que descuidaron su educación de acuerdo con el modelo que Dios ha dado? Tan ciertamente como que ellos existen, todos estos padres tendrán que pasar el examen de Dios” (*Mente, carácter y personalidad*, t. 1, p. 149).

Todos dejamos una influencia en este mundo, pero los que somos padres influimos especialmente en nuestros hijos. El mejor regalo que podemos brindar a nuestros hijos es reflejar ante ellos una vida transformada por el Espíritu Santo: “Dichosos los padres cuya vida es un reflejo fiel de la vida divina, de modo que las promesas y los mandamientos de Dios despierten en los hijos gratitud y reverencia; dichosos los padres cuya ternura, justicia y longanimidad interpreten fielmente para el niño el amor, la justicia y la paciencia de Dios; dichosos los padres que al enseñar a sus hijos a amarlos, a confiar en ellos y a obedecerlos, les enseñan a amar a su Padre celestial, a confiar en él y a obedecerlo. Los padres que hacen a sus hijos semejante dádiva los enriquecen con un tesoro más precioso que los tesoros de todas las edades, un tesoro tan duradero como la eternidad” (*ibíd.*, p. 150). Por eso dice la Biblia: “Herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre. Como saetas en manos del valiente, así son los hijos tenidos en la juventud. ¡Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos! No será avergonzado cuando hable en la puerta con los enemigos” (Sal. 127:3-5).

Este día ruega a Dios que los que te rodean puedan verlo a él a través de tu vida.

Mi madre murió en mis brazos

“Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí.

*Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos,
para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos
o que muramos, del Señor somos”*

(Romanos 14:7, 8).

24

septiembre

Sucedió la madrugada del 29 de junio de 1984. Yo había estado preparando hasta muy tarde un sermón de boda. Al día siguiente, teníamos que viajar a Barcelona (España), donde tendría lugar el enlace, de modo que llevaba solo unas dos horas en la cama cuando notamos que mi madre se había levantado jadeante y se dirigía hacia la terraza. Ella necesitaba aire fresco porque se estaba ahogando. Padecía un cáncer de pulmón y aquella noche algo se complicó que le produjo una crisis respiratoria fatal. Mi esposa y yo nos levantamos inmediatamente; yo la tomé en mis brazos antes de que cayera. Toda la familia estaba a su lado cuando los estertores de la muerte nos indicaron que estaba agonizando. Ya sin palabras, su mirada ansiosa iba de uno a otro de nuestros rostros con una misteriosa mezcla del que pide socorro pero prodiga amor, buscando ojos para intercambiar miradas. La apreté contra mi pecho y, pasados unos minutos, expiró.

En una de sus más famosas rimas, Gustavo Adolfo Bécquer repite: “¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!” No, no estoy de acuerdo con el poeta romántico ni con aquellos que piensan que los hombres podemos vivir juntos pero morimos solos. Mi madre fallecida no sintió ni la inmensidad de la oscura noche en la que penetró, ni las frías paredes de la tumba, ni la ausencia de sus deudos, porque estaba inconsciente. Al morir, dejó de sentir, de ver, de oír; hasta que vuelva a vivir no recordará, pero cuando despierte a la vida, los rostros de sus amados que le acompañamos en aquel día, el amor con el que se despidió de nosotros, renacerán con ella, porque así como vivimos juntos morimos también juntos, y ella vive imperecedera en nuestra memoria hasta el día de la resurrección.

¿Cómo debemos interpretar la vida? ¿Cómo vivir? A mí, la respuesta me parece obvia: ¡Amando! Porque amar es vivir a lo divino: amar a Dios, amar a la familia, amar a los hermanos en la fe, amar al prójimo, amar incluso al enemigo. Como dice nuestro texto, vivir para Dios, no para sí, vivir para los demás, no para sí; vivir en compañía, en fraternidad, amando, sirviendo, compartiendo y en el día de la muerte, no estaremos solos.

Usemos nuestras vidas para honrar al Padre celestial y, venga lo que venga, recordemos siempre que hay un Dios en los cielos.

25

septiembre

La cultura de la violencia

.....

“La tierra se corrompió delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y vio que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra”
(Génesis 6:11, 12).

En marzo de 1977, Israel Drapkin, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, publicó un ensayo titulado *La cultura de la violencia*, donde trataba de mostrar que el mundo vivía inmerso en un horizonte cultural caracterizado por la violencia en todas las dimensiones en que se manifiesta la cultura de un período histórico: la literatura, el arte, la música, la política, las relaciones internacionales, la vida familiar y social, la economía, el trabajo, entre otras. Por lo largo y ancho de este mundo hemos escuchado tanto de crimen organizado, persecuciones políticas y religiosas, secuestros, masacres, que nos hemos acostumbrado a tales escenarios, que han llegado a ser parte de nuestro entorno. Asimismo, la violencia genera condiciones propicias para su propio desarrollo. Con ello, se ha afirmado el reino del terror y la cultura del miedo en la sociedad, donde la capacidad de pensar se vuelve sumamente complicada y resulta más fácil ceder la libertad a cambio de la seguridad.

Han pasado treinta y cinco años desde que este análisis de la cultura de la violencia fue concebido como un diagnóstico de aquel tiempo. Algunos pensadores de entonces pronosticaron que dicha crisis pasaría pronto, pero no, la crisis no ha sido superada. El libro de Israel Drapkin sigue teniendo plena actualidad, seguimos inmersos en el horizonte cultural de la violencia y los presagios de futuro tampoco han mejorado. ¿Por qué? Porque la generalización de la violencia solo puede conducir este mundo a su final, al juicio de Dios, quien un día dijo: “He decidido acabar con todo ser, pues por causa de ellos la tierra está llena de violencia. ¡Yo los destruiré, junto con la tierra!” (Gén. 6:13).

Eso significa que el mal no prevalece. Quienes creen que la violencia es el único camino para sobrevivir en este mundo muy pronto descubrirán que hay un Dios en los cielos... ¡Qué privilegio el nuestro de conocer lo que va a pasar y de poder construir a tiempo el “arca” en la cual hemos de salvarnos!

Hoy te invito a ejercer de contrapeso a la cultura de la violencia a través de la cultura del amor, como dijo Jesús: “Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Juan 4:7, 8).

Como en los días de Noé

.....

26

septiembre

“Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre, pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre”
(Mateo 24:37-39).

Jesús convirtió en una señal de los tiempos la analogía entre el tiempo del fin y la época antediluviana. Elena de White describe así los días de Noé: “Cualquiera que codiciaba las mujeres o los bienes de su prójimo, los tomaba por la fuerza, y los hombres se regocijaban en sus hechos de violencia. [...] hasta que llegaron a considerar la vida humana con sorprendente indiferencia” (*Patriarcas y profetas*, p. 71). Es verdad que hoy muchas actitudes inmorales o corruptas toman formas más sofisticadas y sutiles que entonces y que, bajo el manto de la igualdad, la libertad, la emancipación y la superación de tabúes, la sociedad contemporánea está endosando prácticas abiertamente contrarias a las buenas costumbres, al equilibrio y al bien común de las mayorías. Algunas de estas rupturas son incluso contra natura, es decir, contra las leyes inveteradas que siempre nos dictó la naturaleza, por ejemplo, el matrimonio entre personas del mismo sexo.

¿Podemos dar a estas prácticas rango de señal de los tiempos como dijo Jesús? Sin duda, porque representan la mutación de las cosas que parecían tener estado fijo, por su generalización y aculturación, y por las consecuencias funestas que se les atribuyen. Te propongo un sencillito ejercicio: toma un periódico, un número cualquiera, y consigue tres rotuladores de color rojo, verde y negro; comienza a pasar sus páginas y lee los titulares. Cada vez que encuentres una noticia que tenga que ver con la violencia (crímenes, terrorismo, robos, secuestros, asesinatos, guerras, revoluciones, agresiones) pon una señal roja; cada vez que encuentres noticias que tengan que ver con la corrupción, la inmoralidad, la deshonestidad, el soborno, pon una señal verde; y cada vez que encuentres una noticia que tenga que ver con otras señales (hambres, terremotos, enfermedades, angustia de gentes, persecuciones religiosas) pon una señal negra. Haz el recuento. ¿Cuál es el resultado? Una descripción estadística sorprendente de la crónica de un día de nuestro tiempo, un grito desgarrador, apremiante de las señales del fin. Como en los días de Noé, este es el tiempo en que estamos viviendo.

Permanece atento a las señales, porque hay un Dios en los cielos... que pronto regresará a la tierra.

Serenidad en medio del bullicio

.....
 “Entonces los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. Él les dijo: ‘Venid vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco’ ”
 (Marcos 6:30, 31).

En Europa, cuatro hombres de cada cinco viven hoy en grandes ciudades. Las metrópolis se han extendido casi ininterrumpidamente de Estocolmo a Nápoles, de Madrid a Budapest, modificando la vida de millones de personas. Pero ¿cuáles han sido las consecuencias? Es evidente que en los grandes núcleos urbanos se ha constatado un incremento inquietante de la agresividad. Además, en este tipo de poblaciones es más difícil encontrar espacios de esparcimiento y disfrutar de quietud y tranquilidad.

Jesús enseñó a sus discípulos la importancia de descansar aun en ambientes llenos de bullicio y agitación. A pesar de vivir en medio de muchas actividades, el Señor encontraba espacios de quietud. No se dejaba gobernar por sus múltiples compromisos, más bien, él gobernaba su tiempo.

Por otro lado, el descanso que Jesús promovió entre sus discípulos tenía el objetivo de renovar sus energías y no desgastarlo aún más. “El descanso que Cristo y sus discípulos tomaron no era un descanso egoísta y complaciente. El tiempo que pasaron en retraimiento no lo dedicaron a buscar placeres. Conversaron de la obra de Dios y de la posibilidad de alcanzar mayor eficiencia en ella” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 328).

Fray Luis de León comienza su *Vida retirada* así:

“¡Qué descansada vida
 la del que huye del mundanal ruido
 y sigue la escondida
 senda por donde han ido
 los pocos sabios que en el mundo han sido!”

El ejemplo de Jesús es verdaderamente aleccionador: “Ninguna vida estuvo tan llena de trabajo y responsabilidad como la de Jesús, y, sin embargo, cuán a menudo se le encontraba en oración” (*ibid.*). ¡Cuán constante era su comunión con Dios! En el retiro acogedor del campo encontramos paz, quietud, reposo, sosiego. ¿No será, acaso, la vida en la naturaleza un providencial antídoto contra la agresividad y la violencia? Sí, necesitamos más tiempo de serenidad y quietud.

Si vives en una ciudad, te invito a orar hoy para despejar tu mente. Él te dará paz.

Seguimos en Dachau

“Jesús lloró”
(Juan 11:35).

28
septiembre

En julio de 1975, en el viaje al congreso de la Asociación General que tuvo lugar en Viena (Austria), visitamos el primer campo de concentración construido por los nazis en Dachau, cerca de Múnich, en el sur de Alemania. Como el campo de Auschwitz, mucho más grande, Dachau fue escenario desde 1933 hasta 1945 de castigos tremendamente crueles infligidos a presos religiosos, aristócratas, intelectuales, políticos, gitanos y, desde 1939, también judíos. Durante ese tiempo, más de 200.000 prisioneros fueron reclusos en ese campo de exterminio, donde se calcula que 41.500 personas fueron asesinadas, además de otros miles que fallecieron víctimas de las pésimas condiciones de vida. En Dachau, el Dr. Sigmund Rascher realizó infames experimentos médicos con prisioneros para probar nuevos medicamentos en proceso de experimentación. Cientos de prisioneros murieron o quedaron lisiados permanentemente como resultado de estos experimentos.

Dachau fue lugar horrible de trabajos forzados hasta la muerte, torturas, ejecuciones sumarias, hambre, frío y hacinamiento; una valla electrificada de alambre de púas, una zanja y un muro con siete torres de vigilancia rodeando el recinto, es el recuerdo siniestro que guardo de este infierno en la tierra. Al visitarlo, imposible evitar las lágrimas.

¿Por qué tanta violencia? ¿Por qué especialmente hacia los hijos de Dios? “Dios no violenta nunca la conciencia; pero Satanás recurre constantemente a la violencia para dominar a aquellos a quienes no puede seducir de otro modo. Por medio del temor o de la fuerza procura regir la conciencia y hacerse tributar homenaje. Para conseguir esto, obra por medio de las autoridades religiosas y civiles y las induce a que impongan leyes humanas contrarias a la ley de Dios” (*El conflicto de los siglos*, p. 577).

Hoy, casi setenta años después de la liberación de Dachau por parte de las tropas aliadas, seguimos en Dachau, en este campo de concentración de desigualdades, de violencia, de hambre, de abusos, de corrupción, de impiedades que es nuestro mundo actual. Seguimos sin alterarnos como debiéramos; con mordaz indiferencia, seguimos contemplando como si nada estas trágicas estadísticas. ¿Hasta cuándo? Solo Dios lo sabe.

La buena noticia es que Jesús volverá pronto para llevarnos a morar a nuestro verdadero hogar. Entonces, ya no habrá más llanto ni dolor.

29

septiembre

Justa indignación

*“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo,
ni deis lugar al diablo”*
(Efesios 4:26, 27).

Se puede uno airar sin llegar a pecar? En realidad, el apóstol Pablo se refiere a una justa indignación, cuyo papel fundamental es estimular a los hombres en su lucha contra el pecado. El propio Jesús no se enfadó a causa de una ofensa personal, sin embargo, sí reaccionó con vehemencia ante sutiles desafíos lanzados contra Dios e injusticias en contra de las personas (Mar. 3:5). Por lo tanto, el enojo es justificable cuando se concentra en la conducta errónea y no en la persona, ya que Dios odia el pecado pero ama al pecador. La violencia, en cualquiera de sus formas, no es componente del patrimonio ético-espiritual de la revelación bíblica. La indignación a la que alude nuestro texto es lo contrario de la aquiescencia con el pecado, forma parte del programa de protestas y reformas morales que Dios ha encomendado a su iglesia (1 Juan 2:15-17). Previene contra el pecado de abuso de la justa indignación, la venganza y el resentimiento personal, evitando que alguna raíz de amargura brote y pueda mancillar o arruinar la paz del alma (Heb. 12:15).

Por otro lado, es muy importante no cultivar actitudes que favorezcan el desarrollo de los frutos de la carne, especialmente en casa: “El hogar ha de ser el centro del afecto más puro y elevado. Cada día deben fomentarse con perseverancia la paz, la armonía, el afecto y la felicidad, hasta que estos bienes preciosos moren en el corazón de los que componen la familia. La planta del amor debe nutrirse cuidadosamente; de lo contrario morirá. Todo principio bueno debe ser cultivado si queremos que florezca en el alma. Debe ser desarraigado todo lo que Satanás planta en el corazón: la envidia, los celos, las malas sospechas, la maledicencia, la impaciencia, el prejuicio, el egoísmo, la codicia y la vanidad. Si se permite que permanezcan estos malos rasgos en el alma, darán frutos que contaminarán a muchos. ¡Oh, cuántos cultivan las plantas venenosas que matan los frutos preciosos del amor y contaminan el alma!” (*El hogar cristiano*, p. 174).

“Debe hacerse en cada iglesia un ferviente esfuerzo para desechar la maledicencia y el espíritu de censura, como algunos de los pecados que producen los mayores males en la iglesia. La severidad y las críticas deben ser reprendidas como obras de Satanás. La confianza y el amor mutuo deben ser estimulados y fortalecidos en los miembros de la iglesia” (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 574).

No lo olvides, rechaza las acciones pero nunca a las personas.

La revolución de la gracia

.....

30
septiembre

“Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús, nuestro Señor, porque, teniéndome por fiel, me puso en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; pero fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Y la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús”

(1 Timoteo 1:12-14).

En realidad, el reino de Dios, el mundo mejor, empieza en el nuevo nacimiento espiritual que debe operarse en el ser humano. Todo lo que no cambie el corazón humano no podrá lograr la ruptura de las cadenas de dolor de este mundo. La conversión a Cristo, la obra del Espíritu Santo, es la revolución más radical y profunda que pueda efectuarse para conseguir un mundo mejor.

Esta fue la única revolución que Cristo enseñó y de la cual, la experiencia de Pablo es un buen ejemplo. De un pertinaz perseguidor de los cristianos, blasfemo, violento, injuriador, Dios hizo un ministro fiel del evangelio, constructor de la paz, el amor y la igualdad entre los hombres. La descripción de su conversión es de lo más emocionante: “Durante algún tiempo fue un poderoso instrumento en manos de Satanás para proseguir su rebelión contra el Hijo de Dios. Pero pronto este implacable perseguidor iba a ser empleado para edificar la iglesia que estaba a la sazón demoliendo. Alguien más poderoso que Satanás había escogido a Saulo para ocupar el sitio del martirizado Esteban, para predicar y sufrir por el Nombre y difundir extensamente las nuevas de salvación por medio de su sangre” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 84).

Quien fuera un temerario perseguidor de la iglesia, ahora era un poderoso instrumento de Dios y canal del amor celestial, como se observa en sus palabras a Filemón: “Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones, el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil. Te lo envío de nuevo. Tú, pues, recíbelo como a mí mismo. Yo quisiera retenerlo conmigo, para que en lugar tuyo me sirviera en mis prisiones por causa del evangelio. Pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuera forzado, sino voluntario. Quizá se apartó de ti por algún tiempo para que lo recibas para siempre, no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor” (File. 1:10-16).

Esta es la revolución de la gracia, silenciosa, pacífica, eficaz y profunda que Dios puede obrar hoy en tu corazón.